
RE-EXISTENCIA: UN DEBATE ENTRE EL SABER Y EL PODER

CLAUDIA ARCILA ROJAS¹

El compromiso con el conocimiento convoca a una actitud pensante de su origen y de su extensión. El conocimiento constituye una herencia de escudriñamiento y comunicación de lo que no parece ser obvio, y por ello, de lo que exige nuevas formas de mirar, escuchar y sentir la realidad que nos asiste para ser comprendida. En este sentido, pensar el conocimiento hace parte de la incorporación del espíritu científico a las prácticas discursivas que nos acercan o que nos distancian de la comprensión de la realidad, y de ahí el requerimiento de apertura a la conciencia como criterio insustituible para una participación democrática a nivel epistemológico. Ahora bien, el espíritu científico supera la inmediatez fáctica desde la objetividad positivista para apelar a la capacidad de la pregunta que entraña la intención de pensar, de mover el lenguaje hacia las apreciaciones y búsquedas que van tejiendo la vida como un camino. El hombre se toca de mundo en sus pesquisas, y hace de este contacto la forma más íntima entre la memoria y el espacio, pues mientras recorre recuerda y retiene a través de la curiosidad intelectual para acercar lo que se esquivo a los sentidos.

En esta perspectiva, el espíritu científico, en tanto compromiso con el conocimiento, hace de la pregunta una expresión de inconformidad donde el deseo inscribe lo humano en la búsqueda y en sus infinitas rutas para construir nuevas posibilidades vitales, es decir, el conocimiento como manifestación polifónica de la vida dirigida en los principios populares de la libertad, la dignidad y la justicia. Así concebido el conocimiento, se establece una ruptura con el criterio paradigmático de la ciencia para atender a su fundamento social exento de jerarquías y fundamentalismos. Ello "significa aprender a pensar en sistemas de sistemas, o bien, en redes complejas no rígidas ni piramidales (...) en fin, sistemas distribuidos, paralelos, colectivos y móviles" (Maldonado, 2016, p. 61) que superen "el factor denominador de la razón asesina (...) una masacre unilateral animada por una idea dogmática que deriva en fanatismo, comportamiento podrido de razón enferma" (Cardona, 2013, pp. 94-95) que hace gobernar

Departamento de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Medellín, Colombia. /
carcila@udem.edu.co

“el miedo, la angustia y la incertidumbre, en un contexto donde la infestación del fanatismo putrefacto gravita en el imaginario intolerante de las visiones de mundo de ideologías sangrientas” (Cardona, 2013, p. 103).

Por ello, la ciencia que nos permite abrir horizontes para la reflexión filosófica en su terreno de la pregunta como campo posibilitador de nuevos hallazgos para el bienestar humano, funge como espejo de perca-tación y análisis que posibilita el trazado de nuevos sentidos o la apertura a nuevas imágenes y geografías de la significación de la vida. En esta ruta, la ciencia nos pone en el campo abierto de las nuevas miradas y perspectivas para abordar los diferentes fenómenos humanos y sociales, y más aquellos que, dentro de la enunciación filosófica, nos propician una sensibilidad encarnada de lo que pensamos y una proyección estética de lo que anhelamos.

En este posicionamiento del conocimiento, la pregunta es un aliento reflexivo y comprensivo de la vida que se sirve de la racionalidad estética para ampliar las posibilidades discursivas que permitan la deliberación pública en un escenario de la actuación pensante de la realidad y sus acontecimientos de dolor, exclusión y negación de la diferencia. La reflexión científica, como criterio discursivo para construir democracia, constituye un esfuerzo de apropiación y resignificación de la experiencia corporal y enunciativa de los ciudadanos que experimentan un estado de afectación y descolocación para reivindicar y reinventar la vida desde la memoria de los ataques a la humanidad y al propio humanismo.

Por esta razón, es loable una participación ciudadana en la naturalización del espíritu científico como expresión de un compromiso intelectual en apertura estética, política, ética y epistémica frente a la obra democrática como necesidad del atravesamiento humano que sigue en actitud de pregunta con la vida y, sobre todo, en espíritu de sospecha con toda agresión a la integridad humana y al mismo derecho de pensar en clave de una existencia digna donde la ontología política no es posible sin la interacción en la esfera pública, escenario para el tejido de lo humano en la pluralidad.

Ahora bien, en toda estructura discursiva, más allá de sus localizaciones y movilizaciones de sentido, palpita el convencimiento, la sensibilidad y la sensibilidad de un sujeto puesto en riesgo a través de sus afirmaciones y negaciones; un sujeto que deviene en los oleajes del lenguaje sin perder el horizonte de la realidad que se problematiza. Un ciudadano en experiencia vital en tanto fluir del pensamiento que se encumbra por los espinosos dilemas de una realidad puesta en cuestión por su desatención y ataque a la vida; una realidad que, en las dimensiones y prioridades de un modo de producción inhumano, dispone sus criterios y arsenal de violencia en contra de la diferencia y de toda actuación que amenace sus intereses.

A la luz de estos planteamientos, la ciencia como premisa para contribuir a la construcción de la democracia, ha de estar en libertad de cuestionar las posturas totalitarias y sus efectos en muertes escalonadas, selectivas y masivas, pues este es el auténtico deber científico que no se puede menospreciar. Por el contrario, ha de ser asumirlo con todo el compromiso estético, ético, epistémico y político para permitirnos atisbar el horizonte de la esperanza como una vía de lo humano. La esperanza, en la herencia filosófica de Martín Heidegger (1972), entendida como la compensación del esfuerzo y la voluntad que nos posibilita seguir en camino, en pregunta, en búsqueda.

Por este hecho, la opción del silencio como rendición del saber al poder no es un atributo elogiabile del comportamiento humano, así como no es elogiabile aceptar el pacifismo intelectual en sometimiento a las lógicas instrumentales del ejercicio político. Tampoco es suficiente el gesto taxativo de la traición para significar con indignación e impotencia la obediencia del pensamiento al terror de quienes decretan la muerte de la humanidad y el fracaso del humanismo. El temor a morir o a vivir en la ignominia es un sentimiento tan humano como el temor a lo infinito. El deseo por permanecer en la vida y por hacer de ella el recorrido natural hacia una muerte digna, nos pone ante el enigma de descifrar lo correcto y consecuente frente al imperativo desenfreno de las formas de gobierno adversas a la democracia.

El miedo al hurto de la vida es también la sensibilidad y el reproche a la maquinaria de la muerte. No querer morir en el acto frenético de una ideología escasa de argumentos y robustecida en armas y dispositivos de exterminio, significa oponerse al dogma de la verdad como criterio ortodoxo fungiendo en la plegaria de las certezas.

Persistir en la vida es no desfallecer en la causa de hallar sentido; en la pregunta por pensar aquello que merece ser comprendido. De ahí que la comprensión de la vida implique la comprensión humana del conocimiento

Por todo lo anterior, una verdadera formación como ciudadanos ha de permitirnos estar convencidos de la importancia de la reflexión de la realidad como horizonte vivencial y conceptual que nos permite comprender y resignificar nuestra relación con el mundo y las circunstancias, y además, mantener en alto las indagaciones y compromisos investigativos que nos posicionan en la defensa de una vida digna y en condiciones de posibilidad, oportunidad y capacidad para todos. La vida y su reivindicación es una apuesta democrática que nos vincula política, ética y estéticamente con el conocimiento, es decir, con el encadenamiento de saberes que ubican lo humano en un lugar privilegiado de pensamiento. Poder pensar la vida, entonces, es un deber epistemológico que nos dirige a pensar también la realidad; a concebir la dinámica dialéctica de la existencia y, en tal sentido, a comprender la ciencia como un horizonte de

preguntas donde el ser humano tiene que estar atravesado por la interpe-
lación de su ser en el mundo, en la realidad, en las situaciones, en los
riesgos y esperanzas que delinean la vida misma.

Es en este movimiento vital donde el discurso se asume como una
manifestación abierta de la expresión múltiple y diversa del sentido, del
sentimiento y del deseo para convoca a la experiencia de la democracia
como un acontecer que rompe los dogmas y las prescripciones para
comprender el cambio y la transformación (...) vida es acción, vida es
deseo, vida es concepto, vida es mundo, vida es lenguaje (Garavito, 1999,
p. 277). En tal sentido, vida es discurso: "Un cuerpo que discurre es un
cuerpo que corre en el campo" (Garavito, 1999, p. 274); una expresión
pública que nos integra como ciudadanos activos al devenir de una socie-
dad en sus variadas complejidades; una sociedad que hace parte de un
proceso de sensibilización humana donde la racionalidad ilustrada no esté
desligada de la racionalidad estética. Todo discurrir de sentido desde una
perspectiva científica transita, desde la experiencia sensorial y vivencial
con el mundo, hacia la pregunta de lo que ha sido observado en la certeza
de la incertidumbre. Los ojos son así el primer puente de relación y
reflexión con la realidad en pesquisa. 'Quien tenga ojos que vea' es el
adagio bíblico con el cual la misma fe es un desafío a no aceptar y recitar
las verdades como si fueran revelaciones de una obra absoluta.

El conocimiento es una construcción de carácter social y político donde
el precedente estético traza las rutas para la obra siempre inconclusa de
proponer respuestas. Pero responder es, a su vez, un acto de máxima
responsabilidad discursiva que implica la conservación del recorrido epis-
temológico para esquivar los atajos de la manipulación ideológica.

Responder ante el escenario público con el fuero ciudadano que legíti-
ma una palabra de compromiso con la comprensión de las complejidades
que tejen y desgarran la sociedad que habitamos y resignificaciones en
clave de la justicia constituye, de esta manera, el principal referente para
superar las ligerezas enunciativas que permanecen en la reiteración de los
códigos dominantes, los cuales, no está por demás advertirlo, están al
margen del proceso que supone el método científico.

Redimir el enfoque de la ciencia es, de esta manera, establecer el vínculo
arqueológico con los saberes desde el restablecimiento de la premisa
filosófica del asombro, en tanto reacción y reflexión estética que pone los
cimientos para materializar el proyecto artístico de la vida, para definir la
sociedad que se anhela, es decir, para dibujar los límites lo que estamos
dispuestos a concebir como un paisaje donde se generan las condiciones
para la vida humana.

En estos requerimientos científicos es necesario pronunciar el manifies-
to que emancipa la mirada, el que corre los velos de la ignorancia; pronun-
ciar la palabra del conocimiento como voluntad de apertura a la pregunta;

como *logos* donde tiene origen el valor del diálogo, su sentido indiscutible de tamizaje a la sociedad democrática; el diálogo que nos acerca aunque sean claros los desafíos para afrontar las diferencias; el diálogo que redime la escucha de las intolerancias, fundamentalismos y dogmas; el diálogo que convierte la toma del poder en la posesión de la palabra.

Retornar a la ciencia nos devuelve la mística de lo humano. Nos hace proclives a la asimilación del conflicto como una posibilidad epistemológica donde nos hacemos sujetos del arte o, lo que es igual, nos reinventamos en la idea de la belleza que tiene fundamento en la gramática la de la dignidad y la libertad como elementales imprescindibles para la semántica de la esperanza.

Desde esta perspectiva, la construcción de la paz es también un esfuerzo democrático donde el conocimiento recupera su vecindad con la vida, lo cual también implica el recuerdo y la comprensión de la muerte, pues un pueblo que no piensa la muerte está despojado de la historia y los recuerdos para pensar la vida, para hacerla parte del deseo de la belleza, y con ella de la libertad, la dignidad y la justicia.

Desnaturalizar la muerte como expresión de la ignorancia que enrarece el sentido de lo humano. Desnaturalizar la misma ignorancia que parece autorizar la esclavitud en los diversos pronunciamientos de la venganza; asombrarnos ante las atrocidades lingüísticas que entonan la apología de la guerra y sus desgracias; lamentar la semántica demagógica que infunde y alimenta odios para proteger intereses económicos y robustecer las invenciones clasistas; rechazar las ofensas al entendimiento y a la inteligencia; confrontar los ataques a la razón, las inquisiciones a la ciencia, la tortura al pensamiento, la ridiculización de la sensibilidad.

Denunciar a los hidalgos de la muerte. Sólo así será posible hacer de la ciencia un relato para el tiempo presente, un guion de la cotidianidad, una expresión ciudadana que no se conforma con escuchar para repetir; una ciudadanía que sale del letargo onírico impuesto por la batalla de versiones ideológicas; una ciudadanía que se responsabiliza de la sociedad como una construcción artística para la cual se elige la mejor técnica, el más coherente de los métodos, las más acertadas estrategias de actuación, las más sugerentes y prometedoras teorías en combinación. Una construcción donde la ciencia y el arte permiten el renacer de lo humano, el renacer después de las cenizas del dolor, el renacer en la libertad que sólo da el conocimiento; el renacer con la esperanza de ver con nuevos ojos la realidad transformada.

NOTA

1 Doctora en filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana y candidata a posdoctorado en Pensamiento y Cultura en América Latina de IPECAL. Profesora de tiempo completo del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín.
Correo electrónico: carcila@udem.edu.co

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

- Cardona Rodas, H. (2013), "Podredumbres. El parásito como un átomo de relación en filosofía, literatura y medicina", *Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas* 14 (104): 85-10
- Garavito, E. (1999), *Escritos Escogidos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas.
- Maldonado, C. (2016), *Complejidad de las ciencias sociales. Y de otras ciencias y disciplinas*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Heidegger, M. (1972), *Qué significa pensar*. Buenos Aires: Ed. Nova.